



CAPITULO XI.

DE CÓMO EL INDIO CRISTÓBAL DESPEJÓ EL MERCADO DE TLATELOLCO, Y D. LUIS DE VELASCO RAZONABA EN EL GÉNERO DIALECTICO DE PONCIO PILATOS.

DIVIDIDA la hueste municipal en dos porciones, menos numerosa la una que la otra, pero aquella compuesta de los arcubuceros y mosqueteros, mientras que la última de piqueros y alabarderos exclusivamente, dispuso su caudillo que las armas de fuego quedasen en reserva, mientras él con las blancas, marchando en orden compacto, procuraba despejar la plaza, ó cuando menos tener á respetuosa distancia á los amotinados indios.

Estos, inermes, embarazados por sus mercancías, y mezclados con las mujeres, con evidencia se comprende que no pudiendo oponer resistencia á picas y alabardas, hubieron de abrirse delante de la pequeña falanje de los de la audiencia, como al tajamar de un buque se abren las aguas que aquel surca, mas tambien apenas pasado el escuadron, apiñábase de nuevo la masa popular, y de nuevo comenzaba el clamoreo, y con mas furia que nunca se repetia el diluvio de guijarros, piedras y aun frutas, porque de todo hizo proyectiles la saña de los vendedores.

Dos ó tres veces corrió la plaza en diferentes sentidos la falanje de los municipales, sin hallar resistencia inmediata; viendo deshacerse delante de sus armas á los amotinados, como fantasmas cuando mano temeraria intenta asirlas: mas al regresar á la fuente, donde la re-

serva permanecía á pié firme y mecha encendida, las cosas estaban lo mismo que antes ó peor, pues con la impunidad iban subiendo de punto la insolencia de los amotinados, y con el cansancio decayendo el ánimo de la soldadesca.

¿Por qué no hacer uso de las armas de fuego, á cuyo solo estruendo era mas probable que, como banda de perdices, se dispersaran aterrados los indios? ¿Por qué contemporizar con los rebeldes, sabiéndose que hacerlo conduce solo á envalentonarlos, y llevar las cosas á punto de que se convierta en guerra civil una lucha que acabara fácilmente en su principio?

Así raciocinarán muchos de nuestros lectores, á los cuales nos tomaremos la libertad de hacer presentes algunas consideraciones, en descargo del hombre que mandaba las fuerzas del gobierno en la plaza de Tlatelolco la mañana á que nos referimos.

En primer lugar, y eso lo tenemos dicho, prevínosele terminantemente que evitase á toda costa cualquier conflicto sério con el pueblo, y singularmente con los indios; porque la audiencia, conociendo ya su impopularidad de una parte, y de otra recelosa de que D. Luis de Velasco habia, si no de abandonarla por completo, sí al menos de mostrarse tibio en aquel lance, pues la ejecucion de los Avilas se hacia muy contra su dictámen; la audiencia, decimos, temblaba siempre que, si ocurría un motín serio en Tlatelolco, pudiera extenderse á México, propiamente dicho, el incendio revolucionario, y malograrse su venganza, al propio tiempo que naufragar el poder y las personas que lo ejercian.

Pero amen de sus instrucciones, detenian al capitán las circunstancias en que se encontraba, y la calidad del enemigo contra quien combatía. Las circunstancias, porque las fuerzas de Velasco, todas ó casi todas hallábanse en el campo, aunque inmediatas á la ciudad; y el resto de las propias de la audiencia y sus parciales, empleadas en la custodia de los presos, avenidas de la cárcel, &c., &c., á mas que razonable distancia del arrabal de Santiago; por manera que contar con pronto refuerzo, fuera sueño de la esperanza y no cálculo fundado. Cien hombres, pues, de los cuales apenas treinta con armas de fuego, y hombres allegadizos, soldados bisoños, en resúmen, tenia el capitán para oponer á todos los indios de Tlatelolco y de las cercanías de México, que al mercado acudian ordinariamente; y frontero al convento de San Francisco, en el cual podían muy bien estar ocultos pocos ó muchos castellanos parciales del marques, y que en todo caso serviría de asilo á los revoltosos. ¿Fuera prudente, ni cuérdó siquiera, comprometerse, no siendo absolutamente indispensable, en desesperada lucha?—Y á mayor abundamiento, los amotinados eran jentes de baja esfera, y estaban desarmados, y habia entre ellos mas ancianos, niños y mujeres, que varones capaces del combate.

Romper contra tales enemigos el fuego de la mosquetería fuera un

acto de barbarie tan cruel, que con no ser aquellos tiempos y en tales materias modelos de filantropía, repugnaba instintivamente al capitán de los municipales, y parecenos debía repugnar á todo corazón bien templado. Esto sea dicho sin ofensa de los que en nuestra edad civilizada opinan que siempre y en todo caso, cuando el pueblo tiene la audacia de levantar la voz, aunque sea para pedir justicia, debe respondersele preliminarmente á cañonazos, salvo el escaminar luego el negocio, para.... fusilar á los que de la asonada escapen con vida, y á mayor abundamiento infamar la memoria de los muertos.

Cada cual tiene su opinion: nosotros las respetamos todas, y deseáramos que se hiciese lo mismo con la nuestra, valga lo que valiere.

Mas todo tiene sus límites en este mundo; y así como no nos parece absolutamente justo que á las peticiones populares se responda por regla general á tiros, tampoco opinamos que los soldados deban dejarse hacer pedazos teniendo en las manos las armas con que vender al menos caras las vidas, ya que llegan circunstancias en que á salvarlas de otro modo no acierten. Así, pues, al cerrarse en torno de los que en la plaza de Tlatelolco tenemos, la masa de los indios del modo mismo con que cuando el fuego prende en las *sabanas* de los desiertos de aquel clima, circunda al extraviado solitario caminante, no dejándole mas arbitrio para salvarse, que oponer incendio á incendio [*], entendemos que era llegado el caso de acudir á los recursos estremos, y salió á toda costa de posición tan angustiosa. Tal fué la resolución del jefe de las tropas, recibida con unánime aclamación por aquella, ya cansada de oír denuestos, y de correr inútilmente en pos de un enemigo á quien nunca alcanzaba.

Ya las bocas de arcabuces y mosquetes se dirijian á la rebelde masa popular, y las primeras filas de esa, estremeciéndose, quisieran huir, mas en vano, porque la multitud á su espalda apiñada no se lo permitia; ya las ardientes mechas iban á descender sobre el inflamable cebo; ya levantada en alto su jineta, movia el caudillo los labios para pronunciar esa terrible voz de *¡fuego!* que envia el espanto como precursor de la muerte á los escuadrones contrarios, cuando Cristóbal, hasta entonces al parecer espectador indiferente de toda aquella escena, sustrayéndose con rápido movimiento á la vigilancia de sus guardas, á la verdad mas atentos al combate que á los presos, púsose delante del capitán y díjole:

[*] Suele, en efecto, prenderse fuego á las yerbas secas que cubren las *sabanas* ó llanuras desiertas en América, y entonces no le queda mas recurso al viajero de tal calamidad amenazado, que trazar en torno de sí un círculo tan vasto como puede, despojarlo de todo combustible, y luego incendiar los vegetales que forman el perimetro. De ese modo el fuego va alejándose sucesivamente de su persona, en vez de acercársele.

—“Con primera descarga matar indios pocos ó muchos: siempre tienes miles con furia y venganza, contra castellanos ciento, sin rayo.”

El argumento, hiciéralo quien lo hiciera, no tenia réplica ninguna: indudablemente caerian algunos de los amotinados, ya heridos, ya muertos, y el espanto seria grande al dispararse contra ellos arcabuces y mosquetes: pero ascendian ya á mas de dos mil personas las reunidas en la plaza, y era muy posible que el miedo mismo les aconsejase una resolución desesperada; y como de veras cargasen á los castellanos, solo un milagro los salvara! Por tanto el capitán, mirando á Cristóbal de hito en hito, respondióle:

—¡Y bien! Cuando eso sea, supongo que no vienes á aconsejarme que me deje ahogar aquí por esa canalla.

—¡Por qué capitán no hablar con indios?

—La mayor parte de ellos ni entenderán siquiera.

—Si capitán querer, no faltar quien hablar en indio á indios.

—¡Tú, por ejemplo?

—Yo poder.

—¡Y qué les dirias?

—Lo que capitán mandar.

—¡Y qué interes te mueve á darme ese consejo y ofrecerme tus servicios?

—Si capitán matar indios, y si indios matar soldados; indios ó soldados poder matar mí en batalla.

—No está mal hilado eso para un salvaje.—Veamos: diles que por hoy no hay mercado, que se vuelvan á sus casas, y que nadie se meterá con ellos.

—¡Y si no querer ir!

—Que les haré fuego sin misericordia.

—¡Y si no tener miedo!

—Los esterminaré á todos desde el primero hasta el último.

—Capitán no estar blando, y el indio estar terco. ¡Por qué no decir palabras de paz?

—¡Qué les dirias tú, en tal caso!

—Decir que capitán y soldados no tener culpa de lo que mandar audiencia; que si indios querer mercado, pedir á doctores.

—Oyes, indio, me parece que eres pájaro de cuenta!

—No estar pájaro, estar hombre.

—Pájaro y muy pájaro de cuenta; pero, en fin, diles lo que quieras con tal de que me dejen la plaza despejada en diez minutos; al cabo de este tiempo hago fuego, y salga lo que saliere!

—Si quieres que hablar yo á indios, das orden.

—La daré; pero escucha antes lo que tengo que advertirte: en el momento en que en tus palabras, acciones ó gestos advierta el menor síntoma de traicion, empiezo por colgar de esa horca á tu compañe-

ro, á quien el miedo tiene ya casi cadáver; y en cuanto á tí, mucho has de correr si una bala no te alcanza. ¿Me entiendes?

—Mucho bien entiendo tí, capitán.

—Pues entonces anda bendito de Dios, y cuenta con una buena recompensa, si me despejas pronto la plaza.”

Diciendo así, el capitán mandó á un tiempo que se dejara paso franco á Cristóbal, sin perjuicio de que dos de sus mejores arcabuceros le siguieran siempre con su puntería, como el cazador á la perdiz que al vuelo se propone matar; y que á Francisco se le acomodase un degal al cuello para guindarlo de la horca en el momento en que en su compañero se advirtiese el menor síntoma de traición.

Cuáles serian el espanto y tribulación del último, cualquiera lo imaginará fácilmente; pues en primer lugar, digan lo que quieran ciertos facultativos sobre la estrangulación, el hecho es que á todos nos repugna pasar por ella; y en segundo, como para Francisco, una vez muerto D. Martín Suarez, cesó todo interés en los negocios de los castellanos, era doblemente cruel verse arrastrado tan insólita como inopinadamente al suplicio de los malhechores. Fiel á un amo que le habia tratado bien constantemente, mientras se trató de servirle, no se detuvo nunca el indio que nos ocupa, ante fatiga ni riesgo de ninguna especie: mas cuando Suarez ya no existia, ¿á qué ni por qué cansarse ni esponerse? Francisco, pues, en el lance que tan mal para su persona iba disponiéndose, considerábase, y era en realidad víctima de ajenas culpas, y sobre todo de la complacencia indiscreta que le movió á salir del convento y seguir hasta *el pié de la horca* á la serpiente de Tlaxcala.

Ahora diremos que la razón que Cristóbal tuvo para hacer teatro de su conferencia con Francisco aquel sitio de mal agüero, fué primeramente el recelo de que en el convento oyese algún fraile curioso la conversacion, y la revelara indiscreto ó cobarde; y en segundo lugar y á mayor abundamiento, parecióle preferible llevar desde luego á su compatriota al paraje que habia de serlo de la escena.

Hecha esa esplicacion, volvamos al asunto principal diciendo, que mientras Francisco se encomendaba á Dios, dándose ya por ahorcado, Cristóbal sin curarse de los dos arcabuces, cuyas bocas seguian sus movimientos con la misma perseverancia que los ojos de la enamorada Clicie el rastro luminoso del esplendente carro de Apolo en los cielos, encaminóse sosegadamente hácia sus compatriotas amotinados, cubierta la cabeza con su manto, alta la mano derecha en señal de parlamento, limpia la mirada, animado el semblante, y lleno, en fin, de magestuoso decoro en su porte.

Desapareció el siervo, eclipsado por el patriota ardiente ó por el conspirador escaltado; dijérase que la vejez misma les cedía el puesto al vigor de pensamiento, y á la juventud de corazón que á nuestro buen Cristóbal animaban.

—“¡Escuchadme! (esclamó en la lengua mexicana que hablaba tan elocuentemente como con torpeza la de Castilla). ¡Escuchadme!

“Los castellanos me envian de paz á vosotros; que algunos de vuestros ancianos y mas esforzados varones vengan á oír mis palabras.”

El propio idioma ejerce en todos los hombres una influencia mas fácil de sentir que de explicar, en virtud de la cual aquella turbulenta muchedumbre, casi frenética minutos antes, se prestó sin dificultad al parlamento, consintiendo mas bien que diputando á algunos de los que en ellas pasaban por personas de mas importancia, que fueran á tratar con Cristóbal, hombre, por otra parte, muy conocido y respetado de los indios del pueblo.

Reunidos los prohombres en torno del parlamentario, esplicóles aquel sucintamente el estado de los negocios en México, algo como en verdad era, mucho mas cual á sus intentos convenia. Los caballeros presos lo estaban, segun Cristóbal, mas por su deseo de aliviar las cargas de los indios, poniendo coto á las esacciones del fisco y de los doctores, que por haber intentado coronar al marques del valle: los que iban á ser inmolados aquel dia, por consiguiente, eran víctimas de su amor al pueblo, y en prueba de ello ya se veía que la audiencia preludiaba á sus persecuciones estorbando el mercado, medida equivalente á privar á unos de las provisiones indispensables á su alimento, y á otros de vender el fruto de su trabajo.

Una vez ajusticiados los principales, proscritos los importantes, y por el terror sujetos los demas nobles de origen castellano, ¿quién protejeria á los misioneros contra los oficiales reales y los jueces? Y cuando los misioneros sucumbiesen, ¿qué escudo, qué amparo, qué consuelo les quedaban á los míseros indios?—En vez, por consiguiente, de encarnizarse contra un centenar de hombres, mandados al cabo en aquella ocasion, y mercenarios siempre, ya que el yugo les parecia intolerable, lo que hacer debian era abandonar por entonces el mercado, donde solo balazos y golpes de pica podian prometerse; marchar á Méjico, y con voces al menos, oponerse á las ejecuciones que sin duda en aquel mismo dia ó en el siguiente iban á verificarse de órden de la audiencia. Ningun riesgo mas grave que el hasta entonces corrido iban á buscar los indios, y quizá su sola presencia y voces bastarian para detener á los doctores en el curso de sus crueldades, que en definitivo resultado refluirian sobre los pobres, pues faltando los ricos faltaria el trabajo, y con él tambien el preciso sustento.

Tal fué, en sustancia, el habilísimo discurso de Cristóbal á sus compatriotas, los cuales, ya cediendo á lo especioso del razonamiento, ya obedeciendo al natural instinto que hace siempre preferible el peligro remoto al que presente se mira, entraron por completo en sus miras, y vueltos á la multitud, sin dificultad consiguieron que en poco tiem-

po desocupara la plaza de Tlaltelolco, para dirigirse silenciosa, amenazadora y compacta, al antiguo Tenuchtitlan.

—“Indio cumplir su palabra,” dijo Cristóbal al capitán que, con no menos asombro que placer, contemplaba las oleadas de la muchedumbre agolpándose á las bocacalles para salir de la plaza, tan presurosa como para entrar en ella se habia mostrado.

—Cierto (replicó al cabo), y también el castellano cumplirá la suya. Pide la recompensa que quieras, y como esté á mi alcance, júrote á fé de bueno concedértela en el acto.

—Indio, no pedir mas que libertad de compañero y libertad suya. —¡Soltad á ese hombre! (gritó el capitán.) Ya estais libre el uno y el otro, aunque tú, amigo, no me pareces tan inocente como quisieras; pero en fin, me has hecho un gran servicio, y tienes mi palabra. Andad con Dios, y él os guie para no venir de nuevo á parar allí.”

El bueno del gefe de los municipales señalaba, diciendo así, á los pilares de la horca, y eso en tono, como dicen los italianos hablando de ciertas óperas, *semiserio*. Cristóbal respondióle con una sonrisa que así podia significar: “No la temo, como “poco me importa;” pero Francisco, tocándose y retocándose el cuello para convencerse de que, en efecto, ya no llevaba el dogal funesto, no pudo menos de exclamar sentidamente:

—“Junto horca no me verás á mí, si demonio no traer por los caballos!”

Y en el acto, sin esperar á su camarada, ni volver atras la vista, ni mirar donde la planta sentaba, dió á correr con prisa tan cómica, que los soldados, gente siempre alegre y regocijada, le acompañaron hasta perderle de vista con una salva de gritos y silbidos, tal como la que en nuestras plazas de toros acoge ordinariamente á los alguaciles.

En contraposición de tal conducta, el servidor de los Valdestillas con sosegado paso y severo continente, atravesando la plaza, metióse en el convento de los franciscanos, no con ánimo de buscar allí un asilo para su persona, como erradamente lo presumió el capitán, sino con el propósito de salir luego por una puerta falsa, para incorporarse en Méjico con los indios amotinados, y encender mas y mas su cólera, y llevar la asonada tan lejos como pudiese, ya para salvar, ya para vengar á los caballeros.

Y véase cómo se frustran á veces los mas atinados cálculos de los profundos políticos; véase cómo no siempre es absolutamente cierta en la práctica la máxima de que, abatiendo las cabezas mas altas, es como se sofocan las rebeliones; pues que un siervo osado y desconocido se hallaba casi á punto de inutilizar las providencias y burlar las previsiones del gobierno de Nueva-España.

Pero dejemos el punto doctrinal á la consideración del discreto, así como los pasos de Cristóbal á la ventura por algun tiempo, y véamos qué sucedia en otros parajes de la metrópoli del Anáhuac y sus cer-

canías la madrugada misma del 3 de Agosto, día tristemente memorable en la historia de la conjuración de Méjico.

La quinta de Chapultepec nos llama primeramente: en aquella, un tiempo morada del placer y foco del fausto de los Avilas, reinaban á la sazón el llanto el desconsuelo, la soledad y el abandono mas completo. Desiertos los magníficos salones, solitarios los deliciosos jardines, solo en la estancia de D^{ña} Elvira quedaba rastro de la humana vida; pero ¡qué rastro! Sollozos sin término, fúnebres plegarias, desgarradores ayes, y suspiros que el corazón partían. La servidumbre, ya de luto como por encanto vestida, retrataba en sus rostros la humillación y abatimiento de la poderosa familia sobre la cual descargaban los hombres el golpe de villana venganza, retirándose, al parecer su protección la Divina Providencia: todo, en una palabra, conspiraba á la aflicción, nada habia que un rayo de remota esperanza ofreciese.

Así se pasó la noche: doña Elvira casi toda ella de rodillas y orando, Mencía en un estado de postración parecido á la muerte, ó entregándose á frenético delirio; porque, si la nieta de Hernán Cortés tenia, como su cuñada, mortalmente herido el pecho, también infinita mas fuerza de carácter, también un fondo de resignación en el alma, un caudal de magnánimas ideas en el entendimiento, que la ayudaban á soportar aquella desdicha estrema con un esfuerzo de que era incapaz la escelente, pero vulgar, esposa de Gil Gonzalez.

Así se pasó la noche, decíamos, entre lágrimas, oraciones, sollozos y votos estériles, hasta que ya abatidas las fuerzas de entrambas las aflijidísimas señoras, al romper el alba, una y otra, sin cesar de padecer, sin que el sueño hiciese tregua en realidad á sus dolores, quedaron, no sabemos si decir durmiendo ó aletargadas, durante el espacio de una ó dos horas. Aprovechando la ocasión las camaristas y dueñas que hasta entonces las asistieran, salieron de la estancia para procurarse ellas algun descanso efectivo; que pocas veces sienten los criados por sus amos de modo que les falten el apetito y el sueño.

Elvira, volviendo en sí antes que Mencía, acudió á buscar en la galería que conocemos lo que siempre hace falta mientras al mundo visible pertenecen las criaturas de barro, aire que respirar, luz que nos ilumine; y contemplando el sol que, entre nacaradas nubes y rubios celajes, comenzaba á elevarse majestuosamente sobre el horizonte, no pudo menos de exclamar con dolor profundo:

—¡Ay! Tú no luces para el mísero Alonso; ¡ay de mí! Que mañana tus rayos se levanten sobre su tumba, quizá—¡Qué horror!—sobre su cadáver insepulto, y á las feroces miradas de sus enemigos espuestos en el patíbulo!—¡Pobre Alonso mio! ¡Tan caballero, tan valeroso, tan magnánimo, tan bizarro en sus juveniles estravíos mismos, y va á morir á las villanas manos de un verdugo!... ¡Va á morir, digo!... ¡Y por qué? ¡Quién me dice que no ha muerto!... ¡Oh, sí, ya le ma-

taron lo miserables doctores! ¡Ya le mataron! ¡Por qué, si no, haberme traído á Chapultepec!... Y yo, mujer cobarde, esposa desnaturalizada, yo me estoy aquí jimiendo en vez de acudir á sus brazos por vez postrera, ó al menos á tributar á sus mortales restos las últimas honras!—¡A Mexico! ¡A México! Allí al lado de mi Alonso, allí es mi sitio.... ¡Mencía! ¡Mencía! ¡Vamos á México!!!

Al escuchar la voz de Elvira que enérgicamente la llamaba, saliendo Mencía de su estupor, prestóse á emprender á la ciudad su jornada, como se prestara á arrojarse de cabeza al mar, ó á cualquiera otra cosa que le propusieran; pues tal la tenia el sentimiento que no daba razon ni de sí misma.

En pocos minutos estuvieron ensillados cuatro caballos, montando en los cuales las dos hermanas políticas, de negro vestidas y los rostros cubiertos con antifaces del mismo color, y los caballeros Nuñez y Victoria, salieron todos á galope tendido en direccion á México, por aquel mismo camino en que poco tiempo antes triunfó Elvira de los doctores, hubo el populacho de arrollar á Juan de Sámano, y fué con ovacion triunfal, ó mas bien con réjia pompa recibido el marques del Valle de Guaxaca, á la sazón preso de Estado. Mas no tenian las esposas de los Avilas serenidad suficiente, ni tiempo que lugar les diera á considerar el hondo cuanto doloroso contraste entre las escenas de la famosa malhadada fiesta, y la que entonces en su mismo teatro representaban: llegar á México y llegar pronto, ese era y debia ser entonces su esclusivo pensamiento. Volaban, pues, los corceles de las damas, sin misericordia por el látigo escitados, y en pos de ellos volaban á impulso del férreo acicate las monturas de los dos fieles caballeros, servidores aun mas celosos en la desgracia que durante la prosperidad lo habian sido de aquella familia. Volaban los cuatro caballos, marcando apenas su huella en el camino, levantando en torno de sí una densa nube de polvo, y hendiendo el aire cual si comprendieran que en su lijereza estribaba la vida de dos ilustres caballeros. Volaban, y casi al recinto de la imperial ciudad eran llegados, cubierta la piel de sudor copioso, y en blanca espuma bañados los pretales, cuando súbito una voz grosera exclamó: "¡Alto, vive Dios!" Y dos jinetes armados de punta en blanco, atravesándose en el camino, obligaron á nuestros caminantes á detenerse mal que les pesara.

—¡Atrás! (dijo el mismo soldado que primero habló).

—Vamos á México (repuso Elvira).

—Pues por eso (insistió el militar).

—Somos de allá.

—Seais de donde quisiéreis: esta es la orden. ¡Atrás!

—¡Conocéisme?

—Ni me importa.

—Soy (exclamó la irritada señora) doña Elvira, la esposa de D.

Alonso de Avila! Y diciendo así descubrióse el pálido bellissimo rostro.

¡Qué encanto tiene, qué májica influencia ejerce la desgracia estrema é inmerecida, dignamente soportada, para imponer respeto á los mas groseros entre los hombres, y obligar á la consideracion hasta á nuestros mas encarnizados enemigos!

Sea la causa la que quiera, el fenómeno es constante: la historia reputa monstruos y como á tales infama á los pocos que la desdicha insultan viéndola de cerca; y los dos soldados que á las esposas de los Avilas detuvieron, aunque fieles en la observancia de su consigna, estaban muy lejos de pertenecer á la especie de los monstruos. Así, al nombrarse doña Elvira, sabiendo aquellos hombres la desdicha que la abrumaba, como la tropa sabe siempre las cosas mas secretas, ambos inclinaron las armas en señal de respeto, y adelantándose el que desde luego llevó la palabra, dijo suavizando la voz cuanto pudo:

—Tenemos, señora, orden espresa de no dejar que nadie entre hoy en México por esta parte, y como soldados no podemos menos de obedecerla: pero no están lejos nuestros cabos, y si vuesa merced lo desea, uno de nosotros irá á consultarles.

—Lo deseo y os lo ruego encarecidamente. Cada minuto perdido puede acaso costar una vida.

—Ortuño, parte al galope á informar al cabo de lo que pasa.

Y en efecto, el segundo soldado, obedeciendo á su camarada, salió á escape sin pérdida de tiempo.

Cinco minutos despues volvió diciendo:

—Eljeneral viene en persona, señora, á responder á vuesa merced.

Así era la verdad: la audiencia inquieta, y D. Luis de Velasco no muy séguro del efecto que el suplicio de los dos infelices caballeros produciria en Nueva-España, velaban incesantemente, cada cual por su parte, aquella en lo interior, este en las afueras de la ciudad, por lo que en casos tales se ha convenido en llamar la conservacion del orden público. Inundadas como la ciudad estaban sus cercanías de hombres de armas; porque según tenían miedo (dice Torquemada) *los que ejecutaban esta justicia, aun con guarda no se aseguraban;* y entre otras providencias se tomó la de interrumpir la comunicacion de la metrópoli con el resto del pais durante todo aquel dia con su noche, tratándose, en resúmen, á México entero cual si en la conjuracion fuese cómplice.

Velasco, como todos los equilibristas, jénero de hombres políticos del cual nos libre Dios como encarecidamente se lo rogamos, imaginábase libre de toda responsabilidad en el asesinato jurídico de los Avilas, ya negándose á dar auxilio para su ejecucion, ya evitando el presenciario, ya, cuando menos, no aprobándola esplicitamente, y aun en confianza diciendo que le parecia cosa dura y sobradamente

rigorosa tal castigo: mas al mismo tiempo, como lo primero es el orden público, á saber: su personal quietud para tales jentes, contribuía con las fuerzas de su mando por un lado á que no se les frustrase el golpe á los doctores, y por otro á impedir toda demostracion del pueblo en favor de los sentenciados. No se admire nadie de tal aparente contradiccion, porque es regla constante de los hábiles inclinarse, en caso forzoso, al lado del mas fuerte para ayudarle á triturar al débil, con lo cual consiguen que se termine pronto la lucha, y que haya paz, á costa sin duda las mas veces del sacrificio de la inocencia, pero al cabo paz.

Sin embargo, cuando D. Luis de Velasco, que habia escogido por cuartel jeneral una granja inmediata al camino de Chapultepec, en la prevision verosímil, aunque en realidad infundada, de que en la quinta de Avila establecieran el suyo los conjurados aun libres, si algunos habia; cuando D. Luis de Velasco, repetimós, supo que doña Elvira con escaso acompañamiento solicitaba paso para México, olvidándose de sus políticas aspiraciones, recordó esclusivamente que era caballero, y que como tal estaba obligado, no solo á la galantería con las damas, sino tambien á la compasion con los desdichados todos. Todavía entonces la nobleza imponía deberes; todavía en aquella época no bastaban heredados blasones, ni hábitos por merced recibidos, para ser tenido por buen caballero, sino que á vueltas de vicios que no negamos, ecsijíanse virtudes que en parte los compensaban. Hoy, con dinero, todo pasa; y vive Dios que poco ganamos en el cambio.

Pero, reflexiones aparte, el hecho es que Velasco, montando á caballo y seguido por pocos de los suyos, apresuróse á salirle al encuentro á doña Elvira mas que lo hiciera, y con mayores muestras de obsequioso rendimiento á que se prestara su altivez aristocrática, si en el apojeo de la ventura se hallase la desolada esposa de D. Alonso.

Espúsole aquella señora con digno laconismo la deplorable situacion en que se hallaba, y la sagrada obligacion que tenia de acudir á México, ora para procurar la redencion de la vida de su marido, ora para asistirle en sus últimos instantes; y no sintiéndose el capitán jeneral con fuerzas bastantes para estorbar aquel justísimo y natural propósito, respondióle:

—Proseguid, señora, caminando; y el cielo guie vuestros pasos de manera que logreis vuestro deseo, en el cual sinceramente os acompaño.

—¡Ah, Sr. D. Luis! (repuso Elvira). Si vos quisiérais!...
—Yo, señora (se apresuró á interrumpir Velasco), no tengo parte alguna, sábelo el cielo, en la desgracia que os aflige: he dicho mi parecer, aunque no se me preguntaba, y no me han escuchado.

—Fuerza os sobra (esclamó Mencía, incapaz siempre y mucho mas en aquella ocasion, de cortesanos artificios). Fuerza os sobra, si quisiérais emplearla para estorbar el asesinato de nuestros maridos!

—La justicia del rey ha fallado (replicó grave D. Luis), y aunque yo deploro la triste suerte de vuestros esposos, señoras, mi obligacion es respetar sus decisiones. Y ahora, creedme: no perdais mas tiempo, que es hartó breve el que teneis delante.

—Adios, D. Luis de Velasco (dijo Elvira rompiendo al galope la marcha). Algun dia la nobleza mexicana llorará, aunque tarde, el agravio que hoy consiente se le haga en la persona de los Avilas.

—“¿Quizá tenga razon! (se decia á sí mismo Velasco, mirando pensativo, alejarse la reducida cabalgata). Si este ensayo les sale bien á los doctores, la influencia de la nobleza se anula en la Nueva-España, como se anuló en la antigua despues de la rota de Villalar.... “Porque allí no fué vencida la plebe, sino los fueros de las ciudades, “con los cuales perecieron, en resúmen, los privilegios y la influencia positiva del cuerpo de la nobleza española.... Así aterra hoy “Felipe con letrados y frailes, y desde un monasterio, á los que sujetar no pudieron con las armas los reyes de Aragon y de Castilla.... “Ah, Cisneros! ¡Cisneros! Tú heriste de muerte el poder de los infanzones y ricos-hombres del reino, al parecer en pro del pueblo; y “cuando entre ese y el trono desapareció la barrera de la aristocracia, los reyes cesaron de contemplarle, tratándole como á cosa propia!.... Pero ya ese mal no tiene remedio: la fuerza cedió el puesto á la astucia, las armas á la toga.... Estorbando la muerte de los “Avilas, mostrárame yo sin duda cumplido caballero, mas tambien “me acreditara de infeliz político, y quizá al fin de la jornada figurase mi cabeza en un taje como las de Padilla y Bravo allá en España.... No hay mas de contemporizar ahora, mantener el sosiego “en México y escribir á la corte para que se enfrenen las demasías “de estos doctores; quizá el rey abra los ojos y ponga el vireinato en “manos del único hombre que puede gobernarlo sin temer rebeliones, ni necesidad de atropellar fueros.”

Cada cual juzgará de ese razonamiento como mejor le parezca: por nuestra parte diremos solo que se nos figura muy parecido al que debió de hacer el presidente de la Palestina, que antes citamos, cuando los judíos se obstinaban en que fuese el Salvador el crucificado, y no Barrabás que tanto lo merecia.

